

## CANCIONES.

## CANCION PRIMERA.

## LA VANIDAD TERRENA.

Cuando á su propia esfera,  
Del peso mortal falto,  
Mi espíritu se enlace en libre vuelo;  
Pequeño en gran manera,  
Veré desde lo alto  
El ancho mar y dilatado suelo.  
Cuanto más cerca el cielo  
Suba, tanto más breve  
Veré el punto profundo  
De este globo inferior y bajo mundo,  
Y el fantástico viento que le mueve;  
Del cual siendo desnudas,  
Todas sus pompas son cosas menudas.  
Mirando estaré absorto  
En todas estas várias  
Regiones, que el sol ve y la noche ateza,  
Con cuánto afán, cuán corto  
Punto y cuán breves párias  
Consigue la ambición y la grandeza.  
Vistos desde la alteza  
Del cielo, ¡cuán estrechos  
Son los fuertes torreones!  
¡Qué leves escuadrones,  
Qué limitado honor, qué humildes pechos,  
La majestad exige  
Del que en augusta paz un mundo rigel!  
En vano sus enormes  
Cervices levantaron  
A las nubes los broncos Pirineos,  
Los colosos disformes  
Que sobre el mar se alzarón,  
Mirados desde arriba son pigmeos.  
Ciudades, coliseos  
Y alturas, que encarecen  
Las humanas fatigas,  
De débiles hormigas  
Oficiosos ejércitos parecen;  
Sus balcones y rejas,  
Breves casillas de un panal de abejas.  
¡Oh error! ¡sobre qué leve  
Y endeble fundamento  
Del hombre la ambición camina y páral!  
¡Por cuán ceñido y breve,  
Por cuán inestable asiento,  
Te elevó, oh Jiges, la mayor tiara!  
Mortal, ¡quién no repara  
Cómo tu vano intento  
En un punto de tierra  
Desalumbrado encierra  
Tan grandes lenguas de ambición y viento?  
¡Por cuán pobres razones  
El ansia de mandar forma escuadrones!  
Tú, oh dulce edad primera,  
A los niños prometes,  
Según la corta edad de su talento,  
Gustos de tal manera  
A sus leves juguetes,  
Que de véras le sirven al contento.  
Con sus ruedas de viento,  
Caballejos de rasos y de cañas,  
Libreas de oropelas  
Y pintados papeles,  
Hacen sus justas, toros y campañas,  
Hogueros y castillos,  
De que son lidiadores y caudillos.  
Pasan sus tiernos años  
Con fútiles muñecas,  
Y allí fingen sus fiestas y sus bodas;  
Y aunque de humildes paños  
Y cañahejas huecas,  
En gusto vencen la que asombró á Ródas.  
A esta reina de todas  
La hacen hoy, y mañana  
La quitan de su estado,

Y á otra que un despreciado  
Sayal vistió, la dan púrpura y grana;  
Variedad que les place  
Y á su inocente antojo satisface.  
¡No son estos ensayos que promete  
Su edad al venidero  
Tiempo, que veloz corre en curso blando?  
Ser caballo y jinete,  
Fingido ó verdadero,  
¡Qué va á decir á quien le está mirando!  
¡Ser castillos burlando,  
O serlos de cañones guarnecidos?  
¡Ser también sus soldados  
Vivientes ó imitados?  
¡Ser de papel pintado los vestidos,  
O de oro y perlas llenos?  
Todo es un poco más ó un poco ménos.  
El mundo, bien mirado,  
Es farsa de opiniones,  
Que á unos entrista y á otros entretiene;  
Y aunque de humilde estado,  
Reparte estimaciones  
Conforme el tiempo y ocasión le viene.  
Al que hoy el orbe tiene  
Por Salomón en ciencia,  
Mañana no le vale;  
Y hoy Belisario pobre á pedir sale,  
El que ayer rebotaba en opulencia;  
El gigante es enano,  
Y muere rey el que nació villano.  
¡Quién al hombre no advierte,  
En su humilde supuesto,  
Ser juguete inconstante de fortuna?  
¡Cuán inestable es su suerte,  
Siempre en mudanza puesto,  
Viejo en el ataúd, niño en la cuna!  
Ya al cerco de la luna,  
Ya abandonado en un rincón sin gusto;  
Ya en un palacio enfermo,  
Ya robusto en un yermo;  
Ya saltando de júbilo, ya adusto  
Con triste sobrecejo;  
Ya gorjeando, ya tosiendo á viejo.  
Pues si los timbres mira  
E inútiles blasones,  
Que están en su altivez más altaneros,  
De un mundo que delira  
Notará las regiones  
Quererse hacer millares, y son ceros;  
Los reyes y escuderos  
De un tamaño en su cuna;  
Caballero y esclavo  
Iguales, si su clavo  
Fíjase con razón ciega fortuna;  
Y no que, loca y vana,  
A éstos presta sayal y á aquéllos grana.  
Bien que estos varios juegos  
De un monstruo tan odioso;  
Lo que su rueda ensalza y lo que arruina;  
Los que hay sobre los fuegos  
Del orbe luminoso  
Y lo que en nuestro limo se termina,  
Todo es traza divina,  
A quien en poderío  
Ninguno llegar puede,  
Sin quien no se concede  
Que se mantenga un átomo sombrío,  
Que hoja en árbol se mueva,  
Ni una gota de más ó ménos llueva.  
Mas ser punto abreviado,  
Y asaz menudas cosas  
Cuántas el mundo tiene por trofeos,  
¡Quién jamás lo ha ignorado?  
¡Quién sus torres pomposas  
No ha visto que son nido de pigmeos?  
¡Oh encantados deseos  
Del flaco inadvertido sér humano!  
Quien vuestras altiveces  
Frustrar vió tantas veces,  
Confesará que sois un aire vano,  
De cuya nube hinchada,  
Quien más llegó á alcanzar, no alcanzó nada,

## CANCION II.

## LA SOLEDAD.

## Estancias reales.

¡De qué apagado lustre, cuán pequeñas  
Son las humanas fábricas, medidas  
Con aquellas grandezas que perdidas  
Tiene el desierto entre sus mudas peñas!  
¡De alteza y esplendor cuán pocas señas  
Tienen las más preciadas,  
Con el arte adornadas!  
¡Qué primor mendigado, qué pobreza,  
Las de más precio y de mayor grandeza!  
Los artesones de oro sustentados  
En dóricas columnas, y á par de ellos,  
De azules vetas y de lazos bellos,  
Ricos jaspes y pórfidos preciados,  
Si al principio admiraban, ya observados,  
Enfadados á dos días;  
Cansan las simetrías  
De cuadros y tapices, y el aseó  
Del más pintado alcázar queda feo.  
Son tibios los colores y pinceles  
Que el mundo más celebra y solemniza,  
Puestos junto los riscos que entapiza  
Mayo galán de alfombras y doscles;  
De sus lirios lo azul, de sus claveles  
El rosicler variado  
Y aquel color dorado  
De un ya maduro trigo, y aquel fresco  
Con que su aliento bulle en lo brutesco.  
Aquel confuso amontonar de cosas  
Arrojadas acaso y diferentes;  
Acá hiedra, allá espinas, allá fuentes,  
Riscos, peñascos, ríos, flores, rosas;  
Unos léjos, que mucho más vistosas  
Las cosas nos volvieron,  
Que de cerca se vieron;  
Un pedazo de playa, una montaña,  
Que al cielo sube y á la vista engaña.  
Vese la entrada de un pendiente risco,  
De un bello mirador el corvo techo,  
Alfombra dando rústico antepecho,  
De alegres rejas un vistoso arprisco,  
De hiedras entoldado y de lentisco,  
Donde el jazmín, ventana  
Teje á la vid lozana,  
Y de sus grumos hace que se cuaje  
La red de su tejido ventanaje.  
Pues subiendo á su cumbre y antepecho,  
Y el campo que descubre registrando,  
En lo que advierte absorto contemplando,  
Muda estatua el más sabio queda hecho;  
Del mar profundo un ancho y largo trecho  
Los ojos ser no dudán  
Espejos que se mudan,  
Viendo en sus crespas olas, de aire llenas,  
Los delfines cruzar, saltar ballenas.  
Vese del tiempo y humedad cubierta  
La hueca Peña de menudas flores,  
Parte en sombras y parte en resplandores,  
Jaspada aquí, allá verde y allá yerta,  
Formando un todo de hermosura engerta  
Sus metales lucidos  
Y extraños coloridos,  
Y esmaltando la tez que los remata  
De granos de oro y escarchada plata.  
El risco altivo de un diluvio entero  
De luciente cristal las selvas moja,  
Que en espantoso són al mar se arroja  
Desde aquel desigual despeñadero;  
Y de una Peña en otra á lo postrero  
Del monte en larga suma,  
Hirviendo da su espuma;  
Haciendo ántes pedazos por los riscos  
Cristales, flores, perlas y lentiscos.  
Por otra parte el monte alza sus pinos,  
Que al parecer se esconden en el cielo;  
Cubren de rocas y bosqueje el suelo  
Entre tajadas peñas los espinos;  
Trepa la hiedra, suben remolinos

I, Ps.-XVIII.

## CANCIONES.

De flores y de yerba  
Por señuelo á la cierva  
Y presto gomo, que por ellas salta,  
Y de verlas temblar se sobresalta.  
Silban por entre almeces y algarrobos  
Las mirlas, las calandrias y jilgueros;  
Las liebres y gazapos placenteros  
Retozan por la grama y dan corcovos;  
Huyen los ciervos, rumian los escobos  
Las cabras; sin recelos  
Saltan los conejuelos  
Y en las peñas se esconden, y en sus quiebras,  
Pintadas roseas hacen las culebras.  
Todo esto al són del bosque y el ruido  
Del agua, que en cascadas se despeña  
Del monte, que batió su crespas greña,  
Y el canto de las aves, no aprendido;  
De aquí se goza el ánimo embebido  
Y lleno de dulzura  
Con tan vária pintura,  
Sin otras muchas nuevas maravillas,  
Resacas de la mar y sus orillas.  
Que el natural desórden con que puso  
El tiempo experto estos rasguños bellos  
Es el mayor primor y gala en ellos,  
Bien que arrojados en montón confuso;  
Y tanto los brutescos descompuso,  
Y en tan distinta forma  
Sus aspectos trasforma,  
Que parece los hizo en competencia  
Del artificio de la humana ciencia,  
Y sobre todo, donde de su dueño  
El gran tesoro y gran caudal se infiere,  
Es que se da de balde á quien lo quiere,  
Grande sea, mediano ó ya pequeño;  
No hay puerta ni cancel, desvío ó ceño,  
Que en todas ocasiones,  
Momentos y sazones,  
Siempre está para el gusto y el provecho  
Puesto el rico tapiz y el toldo hecho.  
Ora cruzando vaya los desiertos  
De algún inculto bosque, ó engolfado,  
Al frío escita ó al burnes tostado,  
En mitad de los mares encubiertos,  
O en el del Sur, sobre peñascos yertos,  
Rompa de sus canales  
Los helados cristales,  
Cuyos tumbos la playa y el arena  
De blanco nácar y mariscos llena.  
O bien se baje donde el suelo ardiente  
La línea equinoccial, midiendo el día,  
Su curso arranca, lleno de alegría,  
Con alas de oro encima de su frente;  
Que allí en aquellos páramos sin gente,  
Si el mundo tiene hoy día  
Allí tierra baldía,  
Sus solitarios y ásperos espacios  
De los reyes humillan los palacios.  
Que aún contemplando aquí el humor fecundo  
Que sus anchos desiertos fertiliza,  
Con medroso ignorar de que cenizas  
Allí el rojo calor no vuelva al mundo,  
O que en su ignoto piélago profundo  
Las olas encrespadas,  
En hueco tumbo alzadas,  
Entre las rocas quiebre y se consuma,  
Trocada su altivez en blanca espuma;  
O imaginando estrellas nunca vistas  
De Europa, ó sus alturas no tocadas  
De humano pié jamás, siempre engastadas  
En pastas de diamantes y amatistas,  
Si aún fuesen más que el Agón tiene aristas  
Mis curiosos cuidados,  
Los hallará colmados  
Del deleite que causan peregrino  
Estos bosquejos del pínxel divino.

## CANCION III.

## CANTO DE JUDIT.

Haced salva este día,  
Haced salva en el tímpano sonoro,

Y cantad al Señor con la armonía  
De las címbalas de oro;  
Variad la melodía  
En uno y otro coro,  
Y entonad á mi Dios un nuevo canto;  
Ensalzadle, y llamad su nombre santo.  
El Señor, vencedor de tantas guerras,  
Jehová tiene por nombre;  
Que en medio nuestras tierras  
El real del enemigo no os asombre,  
Cuando más de las manos  
Nos pretendió librar de los tiranos.  
Vino el insidiador desde la cumbre  
Del áspero Aquilon; vino fiado  
En la gran muchedumbre  
De su ejército armado.  
Su multitud cubría  
A los arroyos sus undosas calles,  
Y el hermoso verdor de nuestros valles  
Debajo de los pies desaparecía  
De su caballería.  
Dijo, y hizo promesa  
De hacer en fuego arder nuestras regiones,  
A degüello pasar nuestros garzones,  
En la infancia hacer presa,  
Y á su tirano imperio  
Las vírgenes llevar en cautiverio;  
Pero el Omnipotente soberano  
Le dió su merecido:  
Le entregó á una mujer, por cuya mano  
Mortalmente fué herido.  
Que no al potente bárbaro postraron  
Mis manobras pujantes,  
No de Titan los hijos le llagaron,  
Ni peleó con indómitos gigantes;  
Mas Judit de Merari en la belleza  
De su rostro rindió su fortaleza.  
Quitase el luto triste  
Que en su viudez traía,  
Y una gala de júbilo se viste,  
Que en otro tiempo usó su lozanía;  
Por quien despues los hijos  
Hicieron de Israel mil regocijos.  
Su rostro ungiera en bálsamos fragantes,  
Y en cerco de oro y piedras rutilantes  
Entrelazó el cabello,  
Y un ropaje esplendente  
Se acomodára, en novedad tan bello,  
Que bastó á seducir al gran tirano  
Y á desarmar sus ásperos enojos.  
Sus sandalias los ojos  
Le arrebataron; su pasión altiva  
Presa de su beldad quedó y captiva.  
Y con su mismo alfange luminoso  
La cerviz cercenó del orgulloso,  
Altivo en su arrogancia;  
De su heroica constancia  
Los persas con horror se estremecieron,  
Y los medos quedaron confundidos.  
Entonces los asirios prorumpían  
En ayes y alaridos,  
Cuando los hijos de mi pueblo amado  
En sed ardiendo se han manifestado.  
Los hijos áun sin bozo  
De las más tiernas madres los herían,  
Y en ellos hacen trágico destrozo,  
Como en infantes tímidos que huían;  
Y en la lid perecieron ante el brio  
Del poderoso Dios y Señor mio.  
Cantar dulce entonemos;  
Nuevo cantar á nuestro Dios cantemos.  
Adonai, Dios grande,  
Tú eres Señor preclaro en tu pujanza;  
Siquiera se desmande,  
Ninguno á sostener tu esfuerzo alcanza;  
Sirvan en tu alabanza  
Todas las criaturas que formaste;  
Dijiste tú, y se hicieron,  
Y hechas de nada fueron  
Al punto que tu espíritu enviaste;  
Y no hay ninguno que tu voz contraste.  
Los montes con sus aguas son movidos

Desde sus fundamentos eternos  
Delante de tu rostro, y derretidos  
Como cera los broncos pedernales;  
Los que temen, empero, tu potencia  
Grandes consiguen ser en tu presencia.  
Mas, ¡ay de aquella gente  
Que sobre el pueblo mio se abalancel  
Que el Dios omnipotente  
Armado de venganza irá en su alcance.  
El visitará luego,  
El día de su enojo, á los tiranos;  
Dará á sus carnes fuego,  
Dará á sus huesos fétidos gusanos  
Que á todos los abrasen,  
Y en su castigo eternos siglos pasen.

## CANCION IV.

CANTO DE DÉBORA POR EL TRIUNFO DE  
JAHÉL.

Los que ofrecisteis espontáneamente  
De Israel al peligro vuestras vidas,  
Al Dios omnipotente  
Las gracias dad debidas.  
¡Oh! dadme vos oído,  
Los poderosos reyes,  
Y escuchad de mis voces el sonido,  
Los príncipes que al mundo poneis leyes.  
Yo soy, yo soy la que en sonoro canto  
Ensalcé á Dios, y de Israel al Santo  
Sujeto haré de las canciones mías.  
Tú, Señor, de Seir cuando salías,  
Y pasabas de Edon por las regiones,  
Temblar la tierra hacías;  
Los cielos destilar agua se vieron,  
De Dios en la presencia  
Las cumbres de Sinai arroyos dieron.  
De Samgar en los días  
Y de Jahel en tiempo, descansaban  
Las desoladas vías,  
Los que en ellas entraban  
En sus calles errantes vacilaban.  
Los fuertes y arriscados  
Del pueblo de Israel cesar se vieron,  
Y quietos se estuvieron  
Hasta que la gran Débora llegára,  
Y de Israel la madre despertára.  
El Señor nuevas guerras ha escogido,  
Las puertas del Cortuar ha destruido.  
¡Oh, si el escudo y lanza  
De su Israel, dispuesto á la venganza,  
En cuarenta mil viera,  
De corazón amára yo, y quisiera  
De mi pueblo á los fuertes.  
Vosotros, pues, que á tan dudosas suertes  
Con voluntad entera  
Expusisteis los duros corazones,  
Dad conmigo al Señor mil bendiciones.  
Vosotros, los que al bélico ejercicio  
En las bestias subís más arrogantes;  
Vos que os sentáis en tribunal de juicio,  
Y vosotros también los caminantes,  
Hablad todos, decid en altas voces  
Que allí donde los carros, que en feroces  
Caballos van unidos,  
Y de nuestros contrarios destruidos  
Fueron los escuadrones,  
Allí en dulces canciones  
La justicia de Dios, allí se cuente,  
Y su piedad clemente  
De Israel con los célebres caudillos,  
Cuando de la ciudad á los portillos  
El gran pueblo ha bajado,  
Y consiguió del triunfo el principado.  
Levanta el grito, ¡oh Débora! levanta  
La dulce voz, y un nuevo cantar canta.  
Levántate, Barac, levanta apriesa,  
¡De Abinoem oh hijo!  
Y de coger en presa  
A tus contrarios ten el regocijo.  
Los restos de tu pueblo se han salvado,

Y el Señor por los fuertes ha peleado.  
Del tribu de Efraim los ha vencido  
En Amalec, y luego del querido  
Benjamin ha sus tierras debelado.  
De Maquen los caudillos han bajado,  
Y los de Zabulon, que conducían  
El batallón cuando á pelear salían.  
Los de Issáchar á Débora se unieron,  
Y las banderas de Barac siguieron;  
Barac, que al riesgo, osado,  
Como á un despeñadero se ha arrojado;  
Ruben, entre sí en bandos dividido,  
Gran contienda los fuertes han temido  
Porque entre dos extremos te has sentado  
Para oír los balidos del ganado;  
Ruben, entre sí opuesto,  
En lid ¡ay! los magnánimos ha puesto;  
Tras el Jordan Galaad en paz se via,  
Con sus bajeles Dan en ocio estaba,  
La orilla de la mar Aser tenía,  
Y en sus puestos moraba;  
Mas Zabulon y Neftalín las vidas  
A la muerte ofrecidas  
Tuvieron de Merome en las regiones.  
Los reyes con sus gruesos batallones  
Vinieron, y sus huestes asentaron,  
Los reyes de Canaan, que batallaron,  
En Tanac junto el agua de Magado;  
Pero ningún despojo se llevaron,  
Sino dolor y miedo;  
Que el cielo, sí, los cielos peleaban  
Contra los insolentes;  
Los astros en su curso permanentes  
Contra el feroz Sisara batallaban.  
Y de Cison el rápido torrente  
Sus pálidos cadáveres llevaba,  
Sus olas al corriente  
De Cadumin los daba.  
¡Oh! pisa tú, alma mía,  
De los robustos la cerviz impía;  
Los pies de los caballos se rompieron,  
Que con sus caballeros  
A rienda suelta huyeron,  
Precipitados en despeñaderos  
Nuestros rivales fieros.  
¡Sea maldita de Meroz la tierra!  
(Decir al ángel del Señor oyeron);  
Maldecid los que encierra  
Habitadores, los que no vinieron  
A socorrer las gentes  
Del Señor, ni á ayudar á sus valientes.  
¡Bendita, Jahel, eres,  
De Haber mujer, entre todas las mujeres;  
De Dios las bendiciones  
Colmen tus pabellones;  
Al que agua te ha pedido,  
Le diste de la leche la dulzura;  
Y en real copa ofrecido  
Su cándida grosura.  
El acerado clavo en la siniestra,  
Y el martillo tomó su mano diestra,  
Y una lugar buscando  
En su cabeza, y otra el golpe dando  
Sobre el tirano valerosamente,  
Entre sus pies cayó ruinosamente.  
Cayó su cuerpo yerto,  
Mil vuelcos dando entre su sangre fría,  
Y desangrado y muerto,  
Entre su sangre el bárbaro yacía.  
Mas su madre desde el balcón mirando,  
Su tardar lamentando,  
A los que la escuchaban así dijo:  
«¿Cómo se tarda el carro de mi hijo?  
¿Qué es esto, que no viene?  
De sus bravos caballos quién detiene  
La innata ligereza?»  
Una, que en agudeza  
A las demás mujeres excedía,  
Así la respondía:  
«Acaso está despojos dividiendo,  
Acaso una mujer de extraordinaria  
Belleza le estarán hora escogiendo

De la gente contraria,  
Ricas galas variadas de colores  
A Sisara por presa le están dando,  
O las joyas mejores  
Para adornar su cuello están juntando.»  
¡Así caigan, Señor, así perezcan  
Todos tus enemigos!  
Empero tus amigos,  
Aquellos que en amarte permanezcan,  
Así ¡oh Dios! en tu gloria resplandezcan,  
Que el sol no les iguale  
Cuando en trono de luz de Oriente sale.

## ODAS.

ODA PRIMERA.  
Á LA NOCHE.

Ya Febo en el Océano sonoro  
Templó su ardiente carro,  
Privando á los mortales del tesoro  
De su esplendor bizarro.  
Las rubias ninfas de su yugo ardiente  
Las coyundas desatan  
De rosicler, y en majestad decente  
Le sirven y le acatan.  
Cuál las riendas le toma de la mano,  
De ardiente pedrería;  
Cuál la guinalda, cuál el manto ufano,  
Que al mundo da alegría.  
Quién entre tanto á la callada noche  
De acero pavonado  
Prepara apriesa el enlutado coche,  
De estrellas mil bordado.  
Salen las negras horas, que en beleño  
Ciñen la sien severa,  
Vertiendo espanto y derramando sueño  
Por toda su carrera.  
Pasa Bootes el cenit del cielo,  
La vuelta al carro dando,  
Con sus ejes de escarcha en todo el suelo  
Frio licor sembrando.  
Quietud callada en pasos descuidados,  
Con silencio profundo,  
Señorea los ánimos cansados  
De todo el ancho mundo.  
Las estrellas en viva centinela  
Con luz más encendida  
Aceleran el curso de la vela  
Y el de la humana vida.  
Reinan sólo las sombras, en reposo  
La tierra sepultada,  
La lid de los cuidados al sabroso  
Silencio encomendada.  
Yo, misero, á quien roban el consuelo  
Del sueño mil cuidados,  
En vano, al cielo vuelto, me desvelo  
Con pasos mal guiados.  
Silencio voceador anda en batalla  
Con mi sér temeroso;  
Sin tregua de quietud mi pecho se halla,  
Que llame mi reposo.  
¡Oh sueño! entre el brocado y terso lino  
Busco á tu paz el centro;  
Por más que imploro tu favor divino,  
Huella de tí no encuentro.  
Al pastorcillo entre ásperos terrones,  
De tu cuello enlazado,  
Tu beso ¡oh sueño! das, sin las prisiones  
De algún mortal envidado.  
Tu cetro humilde al de los grandes trueca  
La potestad; que en suma,  
Mas bien acorres á la paja seca  
Que á la mullida pluma.

ODA II.  
AL DIA.

¡Qué apacible beldad el nuevo día  
En su rosado manto  
Muestra, triunfando de la noche fría  
Y su adormido espanto!  
Con invisible y blando movimiento  
De su tiniebla negra  
Escombra y barre el ámbito del viento,  
Y al cielo y mundo alegría.  
Por el aire sereno en sosegado  
Vuelo el aljofar baja,  
Y la concha en su seno nacarado  
Ardientes perlas cuaja.  
Sale el sol con ardiente señorío,  
Toda la mar se altera,  
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío  
Que bate su ribera.  
Creocen los rayos de la luz febea  
Con más pujante aliento;  
El bajo suelo en derredor humea,  
Y arder se mira el viento.  
Las montañas, heridas de su lumbre,  
Se ven de oro bañadas;  
Las aves en confusa muchedumbre,  
Cantando alborozadas.  
Las flores su capuz rompen aprisa  
Y el verde prado esmaltan,  
Y en el cristal que renovó su risa  
Los pececillos saltan.  
Mas toda esta beldad que al mundo place  
No llena mi deseo,  
Si luego que la luz de Apolo place,  
La de mi sol no veo.  
Ven ya, lucero mío, pues te aguardo,  
Y al pie de esta montaña  
No hay rosa ni clavel, jazmin ó prado,  
Que tu tardar no extraña.  
Ven; que si el delio Dios no amaneciera  
Con sus candores rojos  
La luz del día, el día no perdiera  
Con ver la de tus ojos.  
Ven, mi lucero, ven; no desesperes  
A un alma que te adora,  
Si, cual muere de amor, de amores muere  
Por su dulce señora.

ODA III.  
A UNA FUENTE.

En este fértil huerto,  
Que á emulacion de Hesperio se colora,  
De la beldad cubierto,  
Con que al romper la aurora  
Renueva su matiz la culta flora,  
De una chinesca taza  
En una y otra el artificio crece  
De tan diversa traza,  
Que el arte se envanece,  
Y al mármol deja atrás, que le obedece.  
Por sus bocas cien ninfas,  
En labor varias, forman las vertientes,  
Y recogen las linfas  
Cien faunos diferentes  
En otras tantas urnas relucientes.  
Vense tantos raudales  
Por tanto caño, en proporcion distinto,  
Que de agua y de cristales  
En bien corto recinto  
Se admira un trasparente laberinto.  
Admiranla las aves,  
La admira el sol, admiranla las flores,  
Y en acentos suaves  
Los tiernos ruiseñores  
Al són de su raudal cantan amores.  
Si su beldad te es grata,  
Ven, Belidora, ven, pues te convida  
Quien tu contento trata  
Y en tí tiene su vida;  
Ven, señora, á esta fuente apetecida.

Que no en balde ha pensado  
Entre las más preciosas y caudales  
Gozar el principado,  
Con tal que sus cristales  
Guste una vez tu labio de corales.

## ODA IV.

¡Oh humana suerte, de inconstancias llena,  
Con quien no vale gracia ni hermosura,  
Ni en su opulenta majestad ni altura,  
El cetro real que un mundo y otro enfrena,  
Constante y firme dura!  
No hay día de esplendor tan refulgente,  
Que no vista la noche en negros paños,  
Ni alegre sangre en juveniles años  
Que esté libre de riesgos ó se exente  
De máquinas de engaños.  
Ahora la beldad que el mundo admira  
Las flores goce y esplendor luciente,  
Y de su fama en el rosado Oriente  
Suene su voz, y en cuanto Febo gira  
Corra de gente en gente.  
Ahora el cabello enlace en la garganta  
Con las perlas que el mar de Arabia cria,  
Y sobre tibia grana, en pedrería  
Del rico monte Imabo, ostente cuanta  
Riqueza á Persia envía.  
Todo es sombras y fábulas y engaño,  
Despiertos sueños de la humana vida,  
Que hasta donde la muerte está escondida  
Discurre y vuela de uno y otro daño,  
Y en el mayor se anida.  
Ni del Tigris las ondas, que feroces  
En rápidos raudales van bramando,  
Ni las aves de Venus, que, pasando  
Los desiertos del África veloces,  
Cortan el aire blando;  
Ni otro curso mayor medirse debe  
Al que el tiempo fugaz la humana vida  
Lleva tras sí; la pena desabrida  
Parece que es quien sólo no se mueve  
Del pecho en que se anida.

## ODA V.

## EN LOOR DE LOS HÉROES ESPAÑOLES.

¡Cuál héroe invicto, oh sacra Melpomene,  
Que hazaña portentosa  
Del ibero valor querrás piadosa  
Que en mi agitada citara resuene,  
Siquiera incauto celo  
Me instigue, y la pasión al patrio suelo?  
Hora mi acento al Ródope aplaudido  
Del céfiro llevado  
Se vea en donde Orfeo, el encespado  
Cabello de laurel y oro ceñido,  
Cantando en docta lira,  
Del oso y del león domó la ira,  
Cuando el cristal mil náyades rompieron  
Por oír la hechicera  
Música de su voz, y en la carrera  
Las más rápidas ondas se tuvieron,  
Y los vientos veloces  
Enfrenaron sus ímpetus feroces.  
Allí donde los plátanos mostraron,  
Y fecundos olivos,  
Dar aplauso á su són, cuando festivos  
Sus pomposas guirnaldas reclinaron,  
Los ramos extendían,  
Y atentamente pareció que oían.  
Mas ¡cuál furor mi espíritu levanta?  
De cuál númen llevado,  
Que en el globo inmortal, jamás tocado  
De otros mortales piés, fijo la planta,  
Y el mundo abandonando,  
Por los campos etéreos voy vagando?  
¡Qué no vista palestra, qué estandarte,  
Qué bélico alboroto  
De inmensos esquadrones miro y noto?

¡No es éste el reino del sangriento Marte?  
¡No oigo de sus inquietas  
Cajas el són y horrisonas trompetas?  
Sobre un carro agilísimo rodante  
Descubro al dios horrendo,  
Sus feroces cuadrigas empujando;  
De pié á cabeza armado de diamante,  
Tras la lanza, el membrado  
Brazo blandiendo el fulminante escudo.  
La virtud militar su rostro hermoso  
El fuego al sol hurtando,  
Las garzas del morrión al viento ondeando,  
Valor infunde al ánimo fogoso,  
A sus atletas fieles  
Mil triunfos prometiendo y mil laureles.  
Seguida de varones esforzados,  
A los demas, cual soles,  
Los deslumbran los claros españoles,  
En la sublime rueda colocados,  
Y atónitos los miran  
Los que los eternos cercos giran.  
Mi pecho, enardecido en viva llama  
Del antiguo deseo  
De celebrar las glorias en que hoy veo  
El ejemplo feroz que tanto inflama  
La hispana valentía,  
Con nueva agitacion así decia:  
«¡Salve, inclitos iberos no domados,  
Cuyos fuertes pendones  
Dieron del frío Sur á los Triones  
Sombra, y asombro en pueblos ignorados,  
Poniendo justo freno  
Del fin del orbe al más oculto seno!  
»A vos la tierra se postró rendida,  
Sus límites abriendo;  
Por hijos os juzgó de Jove horrendo,  
Dejando su extension estremecida,  
Y absorta en la pujanza  
Con que mil rayos vuestra diestra lanza.  
»Yo cantaré el primero  
Al padre de la hispana monarquía,  
Aquel feroz guerrero  
Que de Roma al furor freno ponía,  
Por quien nos vino todo  
El pundonor y prez del valor godo.  
»¡Oh Viriato! tu indómita constancia  
Yo cantaré tras esto,  
Cuyo invencible arresto  
Burló del Capitolio la arrogancia,  
Y subió de punto  
La gloria de Numancia y de Sagunto.  
»Tu gran valor ¡oh noble Recaredo!  
Decir ya determino;  
Restaurador divino  
De nuestra fe, de Francia y Roma miedo;  
Y la feliz estrella  
Que España consiguió en seguir tu huella.  
»Mas ¡á tu gloria ¡oh triunfador Pelayo!  
Cuál otra habrá tamaña?  
Que á la ofendida España  
Volver hiciste del mortal desmayo,  
Sér nuevo dando y vida  
A su esperanza y libertad perdida.  
»La invicta espada y esgrimir sonoro  
En celebrar ya tardo,  
Del feroz leonés sin par, Bernardo,  
Que al frances rinde, y doma al pueblo moro;  
Cuyo valor y arresto  
Será, por grande, un tiempo en duda puesto.  
»También diré el valor de un nuevo Alcides,  
De Hernán Gonzalez luego,  
Y en dulce són á la region del fuego  
Haré subir las inmortales lides  
De Lara, en siete infantes,  
Del castellano honor astros radiantes.  
»Pero, constante Cid, honor de España,  
¡A cuál esfera alzado  
Serás tú, á quien el moro ha respetado  
En el frío ataud, ¡grandeza extraña!  
Cuando con ceño altivo  
Tan bien triunfabas muerto como vivo?  
»Cuál despues de estos capitanes cante

Pensando estoy dudoso,  
O al que para su triunfo al sol fogoso  
Paró en la lid, ó aquel que al arrogante  
Monstruo venció, que hacia  
Indigno ultraje al ave de María.  
»No callará mi musa el fiel caudillo  
Que, en armas Marte insano,  
Nunca vió tan leal, el castellano  
Nuevo Abraham, el que arrojó el cuchillo  
Para que á su hijo bello  
El moro sitiador pase á degüello.  
»Mas canta ¡oh musa! aquel que luego halla  
El ignorado mundo,  
Sus naves rompe y echa al mar profundo,  
Siete imperios ganando en la batalla,  
Cuyos feroces reyes  
Aherrojó y trajo á las hispanas leyes.  
»O al que *Gran Capitan* nunca vencido  
Llegó á alcanzar por nombre,  
Cuyo esfuerzo y renombre,  
No en padrones de mármol esculpido,  
Dejó al mundo memoria,  
Mas toda Italia celebró su gloria.  
»O al que el reino rigió con feliz freno  
De Neptuno espumoso,  
Marqués de Santa Cruz, héroe famoso,  
Quien si, despues de mil victorias lleno,  
Atroz parca no cierra  
Sus ojos, diera asombro á la anglia tierra.  
»Del Marqués invencible de Pescara  
Despues haré memoria,  
A quien el cielo en singular victoria  
Prometió un triunfo de grandeza rara,  
Y á España un gran tesoro  
En el rey preso de los lirios de oro.  
»O al que bajo la anciana barba el claro  
Toison pendiente muestra,  
Que salió siempre con triunfante diestra;  
El gran Toledo, de la patria amparo,  
De leales amigo  
Y de rebeldes áspero castigo.  
»¡Quién de cien trompas de sonante bronce  
Me concediera el eco,  
Para cantar del Aguilar, Pacheco,  
Cerde, Bazan, Giron, Dávila y Ponce,  
Cada cual aguerrido,  
Famoso capitan nunca vencido.  
»La fama de estos inclitos varones  
Veo crecer cual planta  
Que al cielo con los años se levanta,  
Dilatando sus lenguas y pregones;  
Pero ya se me ofrece  
Quien como el sol entre ellos resplandece;  
»Esto es, el jóven de Austria, que en Lepanto,  
Despues que de Granada  
La morisma dejó desbaratada,  
Al espanto del mundo puso espanto,  
Y al turco imperio ciego  
Arrojó al mar, deshecho en humo y fuego.  
»Diré, en fin, de Filipo el animoso,  
Aquel que de las guerras  
Civiles é intestinas de sus tierras  
Volvió á la España á un sin igual reposo,  
Siendo entre tantas lides  
Alejandro novel, hispano Alcides.  
»Mas tú, de este gran padre respetado  
Gran hijo y heredero,  
Cárlos, escudo del imperio ibero;  
Tú del gran César eres el traslado;  
Mandar dos orbes puedes,  
Rey, César y señor, que no lo cedes.  
»A pesar de fortuna y de los hados,  
Tus bélicos pendones  
Del Sur á los Triones  
Darán sombra en los pueblos ignorados,  
Poniendo justo freno  
Del fin del orbe al más oculto seno.  
»Tú la tierra rigiendo,  
A tí inferior, se postrará humillada,  
Y con el trueno horrendo  
Guerra le harás, quedando escarmentada  
Cuando el rigor la alcance

Del feroz rayo que tu diestra lance.»  
Así yo enardecido prorumpia,  
Absorto en los campeones  
De nuestra patria, indómitos leones;  
Cuando desfalleciendo mi osadía,  
Advierto que oso en vano  
Subir donde no osara orgullo humano.  
Que si aquel globo altísimo defiende  
En sus etéreos techos  
La inmortal gloria de los altos pechos  
Que en bélico furor Mavorte enciende,  
En vano humana lira  
A competir su eternidad conspira.  
Y si una empresa tan difícil y alta  
De bajo al númen culpa,  
Sólo intentarla basta por disculpa,  
Cuando la fuerza, y no el deseo, falta;  
Y yo en haberla osado  
Seré con gloria en otra edad nombrado.

## TRADUCCIONES DE HORACIO.

## ODA PRIMERA.

*Jam satis terris navis atque dira, etc.*

Ya el Padre omnipotente  
Cubrió de nieve y de granizo el mundo,  
Y con su mano ardiente  
Batiendo el sacro alcázar sin segundo,  
A Roma puso en un temor profundo.  
En un espanto horrible  
Y miedo puso á todos los vivientes;  
Pensaba que el terrible  
Siglo tornaba que ahogó á las gentes  
En agua y copiosísimas corrientes.  
Pirra se condolia  
Viendo mil novedades prodigiosas,  
Cuando allí conducía  
Proteo el ganado y focas espantosas  
A los montes y peñas cavernosas.  
Y mil varios pescados  
Se vieron de los olmos en la altura  
Subidos y pegados,  
Do fundó la paloma simple y pura  
Bien conocida casa, y mal segura.  
Los gamos y las fieras  
Con un temor cobarde y sobresalto  
Olvidan sus carreras,  
Nadando sobre el mar tendido y alto,  
Dando en el agua un salto y otro salto.  
Vimos el agua roja  
Del Tiber, que violento sus corrientes  
Del mar Toscano arroja,  
Retorciendo sus ondas y vertientes  
Contra los edificios más potentes.  
Parece que mostraba  
Dar gusto el río al mujeril deseo;  
Que mucho se quejaba  
Hija, y el Tiber con atroz meneo  
Le promete vengar el hecho feo.  
Abre con desafino  
Por el siniestro lado un ancho seno;  
Talandando va el vecino  
Campo romano, de braveza lleno;  
Lo cual no aprueba Júpiter por bueno.  
Los mozos descendientes  
Tendrán memoria del cruel estrago,  
Y afilarán las gentes  
El hierro cortador, y un ancho lago  
Dará de sangre á nuestro vicio el pago.  
¡Ay! ¡cuánto mejor fuera  
Volver el duro y riguroso acero,  
Y el odio y rabia fiera,  
Contra el parto feroz, bravo guerrero,  
O contra el duro scita y persa fiero?  
¡A cuál deidad, pues, luégo  
El pueblo invocará para el caído  
Imperio? ¡Con qué ruego  
Las vírgenes piadosas, y gemido,  
Fatigarán de Vesta el sordo oído?  
Y el Padre soberano

¡A quién dará el divino y santo cargo  
Que con remedio sano  
El daño limpie, y cure mal tan largo,  
Volviendo en dulce risa el llanto amargo?  
Ven, pues, ¡oh favorable  
Apolo, anunciador de la alegría!  
Descubre el agradable  
Rostro hermoso, y un dichoso día,  
Vestido de una blanca nube, envial  
¡Oh tú, Venus graciosa,  
Si te place, demuestra el bello riso,  
Donde el gozo reposa  
Y do el amor alegre nacer quiso,  
Que vuelva al mundo en dulce paraíso.  
Y tú, ¡Marte encendido!  
Los ojos vuelve al pueblo que engendraste,  
Que despreciado ha sido,  
En quien tu brava furia apacentaste;  
Tan largo juego ya de espada baste.  
A tí los alharidos  
Y el confuso gáitar, y las celadas  
Lucidas y bramidos  
Te agradan, y del moro las espadas  
(Que puesto á pié es más fiero) ensangrentadas.  
Tú, que de grande altura  
A la hija de Atlante nombre diste,  
Mudada tu figura,  
En vuelo venturoso descendiste,  
Y de este bello jóven te venciste.  
Gustando de llamarte  
De César vengador, ¡oh jóven claro!  
Al cielo, que es tu parte,  
Muy tarde vuelvas, y con gozo raro  
Des al romano pueblo eterno amparo.  
Y algún ligero vuelo  
No te nos quite, aunque los vicios nuestros  
Te ofenden en el suelo;  
Primero en él tus grandes triunfos diestros  
Canten del sacro monte los maestros.  
Ten por blason honroso  
Ser dicho padre y príncipe extremado,  
Y al miedo belicoso  
No consentas correr en campo armado  
Sin la pena debida á su pecado.

## ODA II.

*Quis multa gracilis te, puer, in rosa, etc.*

¡Qué lascivo mozueto,  
Blando y con mil olores rociado,  
¡Oh Pirra! sin recelo  
Te tiene con sus brazos anudado  
El cuello estrechamente  
En tu agradable gruta y lecho ardiente?  
Y tú, con tez sencilla,  
Sin engañosa falsedad de afeite,  
Una y otra mejilla  
Le muestras, con que enciendes su deleite,  
Y tus rubios cabellos  
Destrenzados, y le tiendes red con ellos.  
¡Cuántas veces el necio  
Mozo imprudente llorará su daño,  
Tu falsa fe y desprecio,  
Los contrarios amores y el engaño,  
Y temerá los vientos  
En el áspero mal de sus contentos!  
Y él, fácil y creíble,  
Que de tu hermosa goza ahora,  
Seguro y apacible,  
Piensa que nunca le has de ser traidora,  
Y no ve el miserable  
Que tu querer es viento deleznable.  
¡Ay de los desdichados  
Aquellos á quien tu lustrada cara  
Aplace, no enseñados  
A conocer tu fe mudable y cara,  
Que en tus serenas calmas  
Anegan los contentos de sus almas!  
Yo sufrí con afrenta  
Naufragios en el mar de tus engaños;  
Mas ya de la tormenta

Colgué los rotos y mojados paños,  
Y al dios del mar amigo  
Pinté una tabla, de mi mal testigo.

## ODA III.

*Lidia, dio per omnes, etc.*

Por los dioses te ruego  
Me digas, Lidia, cómo afliges tanto  
Y quitas el sosiego  
A Sibaris el mozo, que con tanto  
Amor te quiere y ama,  
Y tú lo abrasas en su ardiente llama.  
¡Por qué aborreces, dime,  
Sufriendo el polvo y sol sin pesadumbre,  
Al campo Marcio, y gime?  
¡Por qué, enseñado á militar costumbre,  
No juega y arremete  
Entre tanto y gallardo igual jinete?  
¡Por qué ya no corrige  
La feroz boca del frison brioso,  
Ni con freno la rige  
De brida, que es más duro y riguroso,  
Ni su cabeza enhiesta  
Con yelmo cumbre y penachada cresta?  
¡Por qué tanto rehuye  
Tocar del Tiber las bermejas ondas?  
¡Por qué más teme y huye,  
Que á la sangre de víboras hediondas,  
Al lucio aceite y grueso,  
Que hace al luchador más fuerte y tieso;  
Y de la dura malla  
No viste al jaco, ni arma mano y dedos,  
Y ya de la batalla  
En los brazos nervosos y molledos,  
No muestra cardenales  
Ni de gloriosos golpes las señales?  
Mil veces con gallardo  
Semblante hizo en la contienda raya,  
Tirando el fuerte dardo,  
Y arrojando un gran peso y azagaya,  
Con tiro muy derecho  
Abrazó más del señalado trecho.  
Agora está escondido  
Y se hurta á los ojos de la gente,  
Como el jóven nacido  
De Tétis, antes de la guerra ardiente  
De Troya, á quien engaños  
Y amor vistieron mujeriles paños.

## ODA IV.

*Vides ut alta stet nive candidum, etc.*

¡Oh Taliarco hermano!  
¡Ves el Soracte monte levantado,  
Con honda nieve cano,  
Y el bosque de gran carga trabajado,  
Y en penetrable hielo  
Cuajado el río y apretado el suelo?  
Templa con buen sosiego  
El acerbo rigor del duro frío,  
Echando sobre el fuego  
Los leños que guardaste en el estío,  
Y saca largamente  
Del oloroso vaso el vino ardiente.  
Y los demas cuidados  
Entrega á Dios, que con prudencia sábia  
De los vientos hinchados  
Enfrena en el furioso mar la rabia,  
Y guarda y asegura  
Al ciprés alto y á la encina dura.  
Con sutileza vana  
No busques el futuro tiempo incierto,  
Ni qué ha de ser mañana;  
Y en cualquier día que tuvieses cierto,  
Haz cuenta que en el trance  
Postrero echaste un provechoso lance.  
Y pues la flor empieza  
De tu verano corto y edad breve,  
Y está de tu cabeza

Ausente la pesada y fria nieve,  
Coge en las tiernas flores  
Los dulces frutos de placer y amores.  
Y agora frecuentado  
El campo sea, y eras deleitosas,  
Al tiempo concertado,  
Las pláticas lascivas y amorosas  
Entre silencio y risa  
Hablando cuando la razon avisa.  
Y aquel suave riso  
Que del rincón más íntimo resuena,  
Y da señal y aviso  
De la mozueta oculta que allí suena,  
Que se escondió á sabiendas  
Para hallar más dulces sus contiendas.  
La prenda arrebatada;  
Digo sortijas, ó manillas de oro,  
O lo que más te agrada,  
Algún precioso y rico igual decoro,  
Quitado de los dedos,  
Que fingen hacer fuerza, y están quedos.

## ODA V.

*Quem vivum aut heroa lyra vel acri, etc.*

¡Oh Clío, musa mía!  
¡A qué varón celebrarás agora  
Con versos de alegría,  
Con lira dulce ó flauta muy sonora,  
A quien del valle hueco  
En su alabanza me responda el eco?  
O ya agora resuene  
En las umbrosas faldas de Helicón,  
O ya en el Pindo suene  
Mi voz, á quien la dulce tuya entona,  
O ya en el Hemo helado,  
O en el Ródope monte celebrado.  
De donde se movieron  
Las selvas á la voz del tracio Orfeo,  
Los ríos detuvieron  
Su curso rapidísimo y rodeo,  
Y los ligeros vientos  
Enfrenaron sus varios movimientos.  
Y también las encinas,  
Sonando el instrumento y voz, mostraron  
Maneras peregrinas;  
Por qué sus altas cumbres inclinaron;  
Y con ramos tendidos  
Parece que alertaban los oídos.  
Pues ¡qué diré primero  
Que las horas con más razon contadas  
Del Padre verdadero,  
Que con prudencia sábia gobernadas,  
Y mandó poderoso,  
Las cosas tiene en orden amoroso?  
Y templa el mar y tierra,  
Y el mundo rige en tiempos diferentes;  
Adonde no se encierra  
Casa mayor, ni fuerzas tan potentes.  
Tras de esto el alabanza  
Pálas en trecho muy distante alcanza.  
Y no olvidaré agora,  
¡Oh Baco! en las batallas animoso,  
Tu fuerza vencedora;  
Ni á tí, Virgen de brazo poderoso,  
Que con flechas ligeras  
Persigues en los montes á las fieras,  
Tampoco callar quiero  
¡Oh santo Febo! tu valor temido,  
En el tirar certero.  
Diré de Alcides el jamas vencido,  
Y á los hijos de Leda  
Diré, con tal que tanto decir pueda.  
Al uno y otro hermano,  
Cástor y Pólux, cada cual honrado  
En arte sobrehumano;  
El uno diestro en lucha, el otro osado,  
A mil glorias triunfantes  
Corriendo los caballos espumantes.  
La estrella de los cuales,  
Luégo que luce, al navegante alegra,